

La mente en un botón: Entrevistas Psiquiátricas

G Jaramillo Rojas

(Bogotá, 1987), Sociólogo, periodista y docente. Escritor de algunos libros y editor en Revista Late, descomplices@gmail.com

Descargo

Una mañana me enteré de que mi amigo J había matado a su madre. No lo creí posible. Lo negué, tal como algunas veces negamos lo que más nos molesta de la propia sangre. No obstante, en los pasillos de la Facultad esa historia tan triste como espantosa ya había desatado toda su imaginación, agarrando plena autonomía y una morbosidad que jamás volví a percibir.

Algunas semanas después supe cómo fue: J se había perdido de la casa materna porque lo estaban presionando para entrar en un tratamiento psiquiátrico. Él jamás iba a aceptar que ese siniestro poder le regulara su libertad, su vida. En ese entonces, éramos lectores voraces de Foucault, Artaud y Jattin y creíamos conocer a fondo las policivas triquiñuelas de la psiquiatría.

Después de un mes de vagabundería por las calles de Bogotá, J decidió volver para reconciliarse y, en una tarde resplandeciente como pocas en esta urbe anémica, encontró a su madre compartiendo unas onces con la psiquiatra.

J entró en pánico y rompió contra el suelo lo primero que encontró: un jarrón de vidrio. Se abalanzó contra su madre y, mientras la psiquiatra gritaba desesperadamente, le clavó el inconmensurable filo en la garganta. J se quedó mirándola mientras moría, le acariciaba el rostro, le cerró los ojos, le besó la frente y, en el momento en el que la inconsciencia se consumó para siempre, deseó escribir un poema.

“Cuando en un hombre se juntan el miedo y el odio, las consecuencias son incalculables, más que nada por lo terribles”, me dijo cuando fui a

verlo por primera vez al hospital psiquiátrico al que fue a parar. Su hermano mayor, abogado, lo había defendido ante el tribunal que lo juzgaba como homicida, argumentando que J no podía ir a una cárcel, sino que tenía que ser internado en un loquero.

Iba sábados enteros, a conversarle, a escucharle, a enfrentarme con su descomunal lucidez. Me pedía libros y cigarrillos Pielroja que yo entraba de contrabando en la parte más honda de mi mochila. Me presentaba amigos, me mostraba la huerta, me contaba historias, se quejaba de la coctelería cotidiana y me decía, una y otra vez, que él no sufría de esquizofrenia paranoide, sino de neurosis.

Así pasaron varios años. Yo tomaba nota de cada cosa que escuchaba, que veía, de cada persona con la que hablaba, de todo lo no verificable, de los temblores, de las voces retumbantes, de la infinidad de delirios y, sobre todo, de la implacable cordura que cada sujeto empezó a forjar para mí. J reía y me decía que el que debería estar ahí era yo.

Un día lo trasladaron a otro psiquiátrico y J no quiso recibir más visitas. Se apagó como un cirio en la gélida noche de la catedral, dejando apenas la huella de su recuerdo. No entiendo por qué cortó la magia. Yo seguía yendo a visitar pacientes, amigos de él y míos, y nunca dejé de registrar. A finales de 2020 me pasó algo que cambió mi vida emocional para siempre y tuve el impulso de revisar aquellas libretas en busca de alguna décima de sentido.

Empecé a compartir por Facebook lo que denominé “Entrevistas Psiquiátricas”. Los contactos reaccionaban de formas inesperadas para mí: me

escribían, me puteaban, se identificaban, comparaban, exigían más. No sé qué encontraban en esos diálogos extraviados, misteriosos, humorísticos, brillantes, desolados y hasta suicidas.

Un día cualquiera, Corazón de Lobo Editores se interesó y propuso interrumpir las publicaciones en la red social para pensar formalmente en la construcción de un libro. Ese libro hoy se llama “La mente en un botón. Entrevistas Psiquiátricas” y verá la luz a principios de 2023. Tal vez mi único anhelo y expectativa con ese libro es que llegue a las manos de J para recordarle que su supuesta locura no es otra cosa diferente a la inteligencia y luminosidad que tanta falta le hace al mundo de afuera.

Gracias a la Revista de la Universidad de Antioquia, en cabeza de su director Guillermo Correa, por contactarse y animarse a publicar esta pequeña selección de conversaciones que, al final de cada día, todos, sin distinción, tenemos interiormente, justo antes de fundirnos en el sueño y sin saber si habrá un despertar.

—¿Te gusta el sabor del miedo?

—Sí, me encanta. Sabe a lenguaje.

—¿Y el de la sangre?

—También, sabe a negación.

—¿A qué te dedicas?

—A respirar en la boca de la muerte.

—No entiendo.

—Avanzo sobre las grietas de los puentes que se quiebran.

—¿Qué?

—Nada.

—¿A qué sabe el sol?

—El sol no tiene sabor. Quema. La sombra sí.

—¿A qué sabe una sombra?

—A piernas.

—¿Te molesta si abro mis piernas dentro de tu sombra?

—Haz lo que quieras.

—¿Por qué estás acá?

—Ageusia, dicen que tengo ageusia.

—¿A qué sabe la carne?

—A memoria.

—¿A qué sabe el cielo?

—El cielo es lo único que no puede caerse.

—No entiendo.

—Sabe a perfección.

—¿Qué es la perfección?

—Una especie de incendio bajo el agua.

—¿Qué es la poesía?

—Es algo que lo dice todo.

—¿Ya existe algo que logra decirlo todo?

—No, señor. Olvídese. Si existiera, se acabaría la búsqueda.

—¿Qué búsqueda?

—Pues la búsqueda de la perfección.

—¿La perfección es la poesía?

—Digamos que la buena poesía es perfecta porque lo congrega todo.

—¿Todo lo existente y lo no existente?

—Todos los significados.

—Una vez leí que la buena poesía no significa nada. ¿Qué piensa de eso?

—Que es real. Todos los significados son ilusorios.

—¿Tiene algún ejemplo de buena poesía?

—Sí, obvio: la vida.

—¿La vida es simple ilusión?

—Sí. Aunque a veces no. La vida nos aplasta cuando se pone concreta.

—Perdón. Me perdí.

—Digo que la vida es un sueño que hay que seguir soñando.

—¿Esto quiere decir que la vida no existe?

—Como tampoco existe la poesía.

—¿Qué pasa cuando no se sueña, sino que se vive?

—Aparece la locura.

—¿Usted es poeta, soñador o vividor?

—Vivir me hace ser poeta. Soñar me hace ser poeta. Ser poeta me hace ser un loco.

—Entonces, si la poesía no existe y los sueños son ilusión, usted no existe. ¿Me equivoco?

—Existe mi locura.

—¿Qué es la locura?

—No sé qué sea la locura, pero puedo decirle cuál es mi locura.

—¿Cuál es su locura?

—La necesidad de decirlo todo.

—Entiendo.

—Por eso me encerraron.

—¿Por qué lo encerraron?

—Porque no puedo decir nada.

—Y su poesía ¿qué dice?

—No dice nada. Solo insinúa.

—¿Qué insinúa?

—Que vivir duele.

—¿En dónde le duele exactamente la vida?

—Generalmente, me duele en la garganta.

—¿En algún momento específico del día?

—Claro. Cuando estoy callado.

—¿Y por qué no habla?

—Porque no puedo salir de las ilusiones.

—O sea ¿de los significados?

—Nada que ver.

—¿De dónde no puede salir?

—Ya se lo dije: de la poesía.

—Difícil todo esto que plantea.

—Sí, no es tema fácil.

—¿Por qué?

—Porque nunca se logra decir algo.

—Se le ve nerviosa ¿Todo bien?

—No. Todo mal.

—¿Por qué?

—Tuve un sueño horrible. El mismo sueño de siempre.

—¿Qué soñó?

—Soñé que un libro gordo muy gordo me perseguía.

—¿Por dónde la perseguía?

—No sé, era una ciudad que no identificaba.

—¿Cómo la perseguía?

—Iba detrás de mí. Me daba pánico y yo corría. Y se me aparecía en cada esquina. Volteaba a mirar y seguía acelerando su paso. Me gritaba cosas espantosas.

—¿Qué le gritaba?

—Cosas espantosas. Ya le dije.

—¿Cómo terminó el sueño?

—Mal.

—¿Cómo mal?

—Estaba tan pero tan asustada que llamé a la Policía. Y llegaron unos lapiceros disfrazados de policías. Detuvieron al libro y le pidieron su identificación.

—¿Y?

—El libro gordo tenía un nombre y un apellido. Cuando me dieron esa información sentí que me moría.

—¿Cómo se llamaba?

—Crítico Literario.

—Terrible. ¿A qué se dedica usted?

—Soy escritora.

—¿Dónde se consiguen sus libros?

—En ningún lado.

—¿Por qué?

—No me animo a publicar.

—¿Qué la detiene?

—Ese libro gordo que me persigue en mis sueños.

—¿Alguna vez lo soñó flaco?

—No, y eso me da más miedo: cada vez se aparece más y más obeso.

—¿Y eso qué significa?

—Ay, no. Horrible. Imagínese la cantidad de cosas que tiene para vomitar.

—Hablemos de su presente.

—Todos los días caigo en el mismo pozo.

—¿Cómo es ese pozo?

—Es como un tobogán.

—¿Ha estado muchas veces ahí?

—Pues vivo ahí.

—¿En el tobogán?

—Sí. En él me deslizo como si fuera una sombra.

—¿En qué se le puede ayudar para que salga del pozo?

—Nadie puede ayudarme.

—¿Qué siente?

—Siento que no puedo hablar con otros.

—Si quiere, hablamos otro día.

—Y también me siento solo.

—Hombre, es que eso somos los seres humanos: soledad. ¿No?

—No. Somos más oscuridad.

—¿Qué precisa para salir del pozo?

—Sentir que no estoy loco.

—Piénselo, solo piénselo: no estoy loco... no estoy loco... Y listo.

—Pienso que mis ojos están rojos.

—Sí, muy rojos.

—Pienso que el pozo soy yo y que todo lo trago.

—Espere. Creo que estoy viendo el pozo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué ve? ¿Un naranjo o un cactus?

—Veo una enredadera.

—Ah, usted está es por el otro lado.

—¿Cuántas fachadas tiene el pozo?

—Las que usted quiera.

—Y ya acá adentro ¿qué hago?

—Caiga nomás.

—¿Y si me quedo encerrado?

—Pues lo toma con calma: busca una silla, se sienta, si fuma enciende un cigarrillo y se dedica a sentir todo el peso.

—¿El peso de qué?

—El peso del pozo. O el del presente. Es lo mismo.

—¿Qué pinta?

—Pinto a alguien que mira morir a alguien que muere mirando la muerte de alguien.

—¿Pinta un trabalenguas?

—No. Me pinto a mí misma.

—¿Es usted la que mira?

—No.

—¿Es usted la que muere?

—No.

—¿Es usted alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—La muerte.

—¿Qué le dice la voz?

—La voz me dice que envenene el café con gotitas de cianuro.

—¿Y qué la detiene?

—La misma voz que, apenas saco el gotero, me dice: hoy no, mejor mañana.

—La falta de decisión es suya.

—La voz juega conmigo. Sabe de lo que soy capaz y de lo que no.

—¿La voz nunca le ha sugerido otra forma?

—¿Qué otra forma se le ocurre?

—Qué se yo: arrojar por el balcón, clavarse un cuchillo, ahorcarse.

—No. Esa voz tiene la imaginación muy corta.

—Póngale punto final a eso.

—¿A la voz o a mi vida?

—¿A qué prefiere ponerle punto final?

—Creo que a la voz.

—Listo. Hágale.

—Pero hoy no. Mañana hago el amague a ver cómo me va.

—¿Qué va a hacer?

—Pues poner las gotas en el café.

—¿Y eso no es muy riesgoso?

—No creo. Es la única manera de callarla. Mejor dicho: de darle su merecido. 🗑️

